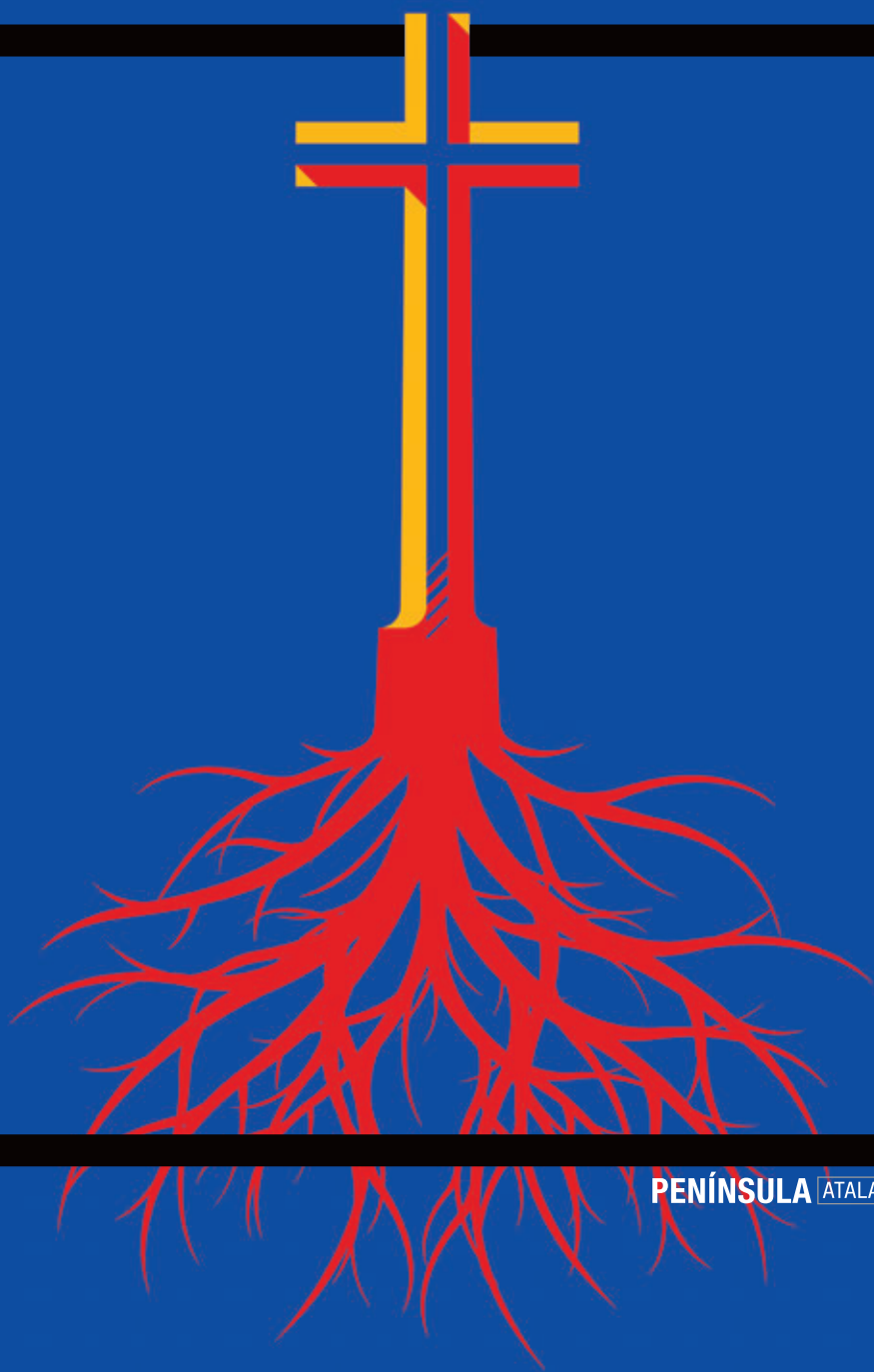


Fernando Olmeda

El Valle de los Caídos

Una memoria de España



PENÍNSULA ATALAYA

Fernando Olmeda

El Valle de los Caídos

Una memoria de España

ediciones península

© Fernando Olmeda Nicolás, 2009

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com;

91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: marzo de 2009
Primera edición en este formato: enero de 2019

© de las imágenes y los documentos de interior:

AESA
Agencia EFE
Archivo ABC
Archivo General de la Administración
Archivo General de Palacio
Archivo del autor
Ayuntamiento de Cádiz
Fundación Nacional Francisco Franco
Patrimonio Nacional
Secretaría General de Instituciones Penitenciarias

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2019

Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespensula@planeta.es
www.edicionespensula.com

DAVID PABLO - fotocomposición
DEPÓSITO LEGAL: B-27.564-2018
ISBN: 978-84-9942-770-6

ÍNDICE

Nota del autor	11
I. UNA IDEA IMPERIAL	19
¡Viva la muerte!	19
Altar de la España eterna	25
El arquitecto que Franco lleva dentro	30
Año I de la Victoria: venid y ved	33
Una cripta a pico y barreno	38
El Caudillo se impacienta	43
Arquitectura nazi en el parque del Retiro	49
Libres y penados: juntos, pero no revueltos	54
Los estragos del hambre, la dinamita y el granito pulverizado	69
2. NO SÓLO LA FE MUEVE MONTAÑAS	79
El destacamento del monumento	79
Una republicana se enamora en Cuelgamuros	85
El destacamento de la carretera	88
El destacamento del monasterio	95
La gran evasión	99
Gabriel Aguilera, enlace a la libertad	104
Al aire libre, camino libre	108
Manuel Amil no es un penado cualquiera	121
La verdadera historia de la fuga de Lamana y Albornoz	125

3.	LA OBRA DE NUNCA ACABAR	135
	Aparejador en sus ratos libres	135
	Sin luz al final del túnel	140
	Cambio de planos, cambio de planes	146
	La cueva cósmica: su «otra mujer»	151
	Una cruz más alta que una pirámide	155
	Ávalos, un «socialista» que esculpe Evangelistas . . .	160
	Novena maravilla: la insólita entrevista a Diego Méndez	166
	Caídos por Dios y por España. 1936-1939 RIP	170
	El baile de los difuntos	178
	Salamanca, en busca del caído perdido	187
	Paracuellos dice «no»	194
	La coartada de los republicanos sin nombre	199
4.	HÉROES CONTRA EL TIEMPO Y EL OLVIDO	209
	Una apertura apresurada... sin caídos	209
	Los siete republicanos de Pajares de Adaja	220
	Cuerpos incorruptos en la visita de <i>Blanco y Negro</i>	223
	El traslado de los restos de José Antonio	229
	Estoy enterrado en el columbario 1.718	236
	La inauguración petrifica el espíritu de la Cruzada .	239
	¿Qué hay de lo mío, Excelencia?	248
	¡Carrero, vete a tu casa!: una rebelión disciplinada .	252
5.	DELIRIOS DE GRANDEZA EN EL MONTE	
	DE LAS ÁNIMAS	257
	¡Franco, traidor!: la machada de Román Alonso Urdiales	257
	Urna de cenizas heroicas	263
	Casas baratas por los servicios prestados	269
	Fervor patriótico en la basílica de la paz	275
	El calvario de Griñón	281
	Ni en tu tumba te dejaremos descansar	284

ÍNDICE

Los derrotados de la Segunda Guerra Mundial	
homenajean a Franco	295
25 años de... Victoria	298
6. ANTESALA DE LA INMORTALIDAD	307
La insólita visita de los baloncestistas rusos	307
Caídos a cuentagotas	313
El destino de España se decide	
en un Rolls-Royce	318
Bronca en la montaña nevada	322
El ilustre aviador Pombo pretende ser monje	325
En funicular al cielo	329
Los documentos desclasificados del Departamento	
de Estado norteamericano	331
Franco, ¿un caído más?	337
Ideal para dictadores: Pinochet quiere «su» Valle . .	346
7. ULTRAMONTANO Y TRANSGRESOR	353
Territorio ultra	353
Cambiar la ley para que nada cambie	362
Inspiración de la «movida»	366
Como Paco por su casa	370
La visita de Joseph Ratzinger	375
Aires de beatificación	377
La bomba de los GRAPO	382
8. CENIZAS OLVIDADAS, RESCOLDOS CANDENTES	389
Arqueología de la memoria: fosas, símbolos y	
homenajes	389
Símbolo central en el debate sobre la Ley de	
Memoria Histórica	393
Ettarras disfrazados de peregrinos	404
2006: setenta años a flor de piel	406
Una adicción como cualquier otra	415
Misas sí, arengas no	421

EL VALLE DE LOS CAÍDOS

Un monumento vivo	427
Rezamos por todos los muertos	432
Notas	437
Bibliografía	483

I

UNA IDEA IMPERIAL

¡VIVA LA MUERTE!

Un fuerte aroma necrófilo impregnó la dictadura de Francisco Franco desde su victoria en la guerra civil hasta el día de su entierro en el Valle de los Caídos. El culto a los muertos se incorporó muy pronto a la épica de la Cruzada. Ya en los primeros días de contienda, los restos de personas de cierta notoriedad en el bando sublevado son trasladados a sus lugares de origen para ser objeto de honras fúnebres cuyo significado va más allá de lo puramente religioso. Así ocurre en las de Onésimo Redondo, fundador de las JONS, acribillado tras identificar erróneamente como falangistas a militantes anarquistas en el pueblo segoviano de Labajos.¹ Su cadáver es trasladado en coche a Valladolid, en cuya plaza Mayor rezan cientos de hombres y mujeres que se arrodillan al paso del ataúd, llevado a hombros por camaradas de la organización. La capilla ardiente queda instalada en el ayuntamiento. Sonoros gritos de ¡presente! rompen el silencio cada vez que se pronuncia el nombre de quien será conocido como «Caudillo de Castilla» a pesar de haber muerto apenas una semana después del Alzamiento. Sus restos son inhumados en la sepultura familiar del cementerio. Entre los primeros entierros solemnes también está el del infante Alfonso de Orleans, teniente piloto en el Tercio, que perece en accidente de aviación el 18 de noviembre de 1936, al estrellarse su Romeo en la Venta del Culebrín,

cerca del pueblo pacense de Monesterio.² Tiene lugar dos días después en Sanlúcar de Barrameda (Cádiz). Una multitud emocionada desfila por el palacio de Orleans, y tres aviones dan escolta al cortejo camino del cementerio. Un testigo escribe en su diario personal: «Rodeada así la muerte de este aparato militar y litúrgico, la vida parece una cosa despreciable. Dan ganas de convertirse en muerto».³

La trascendencia espiritual del reposo eterno y la creencia en la existencia de otra vida contribuyen a superar la ausencia de los caídos, que se convierten así en sacrificados mártires de la renacida patria. Sus exequias son actos de afirmación política en los que se funden la devoción religiosa y la marcialidad. Miles de personas desfilan por la capilla ardiente de Emilio Mola, muerto también en accidente aéreo en el municipio burgalés de Alcocero el 3 de junio de 1937. El féretro es sacado a hombros del Salón del Trono del Palacio de Capitanía de Burgos por los jefes del Estado Mayor, y luego es colocado en un armón de artillería cubierto de coronas de flores y arrastrado por cuatro caballos. Franco desfila solo tras él. Parafernalia semejante acompaña el último adiós a Joaquín García-Morato, «As de la aviación» española. El 4 de abril de 1939, durante una exhibición en el aeródromo madrileño de Griñón, se estrella con su Fiat 3-51 cuando se dispone a tomar tierra.⁴ Tripular un avión de combate concede a pilotos de guerra como él una dimensión casi mítica. Al día siguiente se ofician funerales en el vestíbulo del Círculo de Bellas Artes. En el féretro se ha depositado el pañuelo de seda con el lema: «¡Vista, suerte y al toro!» que el finado solía llevar en el cuello. Una escuadrilla sobrevuela el cortejo cuando llega frente al Museo del Prado. En Málaga, la comitiva recorre varias calles hasta llegar a la plaza de la Merced, donde se despide el duelo, que continúa camino hasta el cementerio de San Miguel. La ciudad no volverá a vivir un entierro tan multitudinario.

El entierro de José Antonio Primo de Rivera es el mejor ejemplo de integración del culto a los caídos en la mitología

del nacional-catolicismo y en el imaginario colectivo de quienes se consideran justos vencedores de la contienda. Sus restos son exhumados en Alicante y trasladados a hombros por falangistas que se turnan día y noche durante diez jornadas hasta el Monasterio de San Lorenzo de El Escorial (Madrid). Los habitantes de los pueblos que atraviesa el cortejo salen al camino y saludan a la romana, mientras las campanas de las iglesias tocan a difuntos. La fecha del 20 de noviembre se establece como día de luto nacional⁵ y en camposantos, en fachadas y atrios de templos católicos, en ayuntamientos y en otros edificios públicos se colocan lápidas con la relación nominal de fallecidos del bando triunfador bajo el símbolo de la cruz y el nombre de José Antonio. La obsesión por convertir en presentes a los ausentes, conforme al ritual falangista, acompañará la vida de España durante décadas, como un elemento más de la política de adoctrinamiento del recién nacido régimen totalitario.

Muchas autoridades consideran que sus héroes locales merecen descansar eternamente en recintos religiosos de mayor rango que un simple cementerio. La Unión Provincial de Familiares de Caídos por Dios y por España de Jaén, constituida al final de la guerra, propone exhumar los restos de las víctimas de los «Trenes de la Muerte» (dos expediciones de presos derechistas que partieron los días 11 y 12 de agosto de 1936 y fueron pasados por las armas a las afueras de Madrid) para enterrarlos en la catedral de la ciudad. Se ponen en marcha las costosas obras de adecuación, y el 10 de marzo de 1940 son recibidos en una solemne ceremonia. La comitiva fúnebre atraviesa Jaén acompañada por una muchedumbre. En el presbiterio de la catedral se coloca una lápida con un epitafio en honor del obispo Manuel Basulto y Jiménez, también fusilado, y en las paredes se colocan ocho losas más. En una de ellas figura esta leyenda: *Relación de los mártires inmolados por Dios y por España cuyos gloriosos restos yacen en esta cripta bajo el signo de la Santa Cruz trazada en el suelo.* A continuación, una extensa re-

lación de nombres.⁶ Por si este homenaje fuera insuficiente, también se coloca una cruz en una de las calles principales. Dos años después, el diario *Jaén*⁷ publica una relación de trescientos catorce caídos, que gozaron de todos los honores al recibir sepultura en el mayor templo de la provincia, mientras los muertos del bando perdedor eran enterrados en el «corralillo de los ahorcados» del cementerio.⁸

Con la brutal separación entre españoles buenos y malos, o más bien entre españoles y anti-españoles, queda formulada la teoría de las dos Españas, y el maniqueísmo intrínseco del nacional-catolicismo se extiende a la consideración de los muertos. El nuevo régimen da todas las facilidades a los familiares de los caídos en combate del bando vencedor y de los «inmolados» (fusilados) en zona republicana para que puedan llevar a cabo el traslado de sus restos a las poblaciones de origen para ser inhumados. Se crea el Registro Central de Ausentes con el fin de facilitar esos trámites, justificados en la obligación de rendirles homenaje póstumo.⁹ Aunque no hay una discriminación legal explícita, los familiares de los republicanos tienen muy difícil o les es casi imposible identificar, recuperar y enterrar sus cadáveres, que no merecen ningún tipo de recuerdo. No son registrados, y si lo son, se mencionan únicamente los datos del informe forense sobre la causa de la defunción, no las circunstancias en que se produce. España es un gran camposanto, y la localización exacta de los lugares de enterramiento, en cementerios o en fosas comunes, así como la existencia o no de registros de nombres, serán de capital importancia veinte años después, cuando dejen de ser simples despojos humanos y se conviertan en simbólica razón de Estado. Cuando sean imprescindibles para llenar de contenido el gran sueño de Franco: construir un gran mausoleo, un gran altar para «su» España eterna.

Además de exhumar a los caídos y sepultarlos de nuevo en tierra sagrada, el régimen se vuelca en la preservación de su recuerdo. Se extiende la obsesión por levantar monumentos

funerarios destinados a mantener viva su memoria, de acuerdo a los propósitos anunciados por Franco en el párrafo final del Discurso de Unificación pronunciado en 1937:

En los lugares de la lucha donde brilló el fuego de las armas y corrió la sangre de los héroes, elevaremos estelas y monumentos en que grabaremos los nombres de los que con su muerte, un día tras otro, van forjando el templo de la Nueva España, para que los caminantes y viajeros se detengan un día ante las piedras gloriosas y rememoren a los heroicos artífices de esta gran Patria española.¹⁰

A partir de 1939, se erige un monumento cada vez que hay ocasión. El más importante es el dedicado a Emilio Mola. Su construcción, en la cima de un cerro de Castil de Peones, colindante con Alcocero, se había iniciado tan solo un mes después de su accidente. Es una torre con un escudo grabado y una inmensa escalera imperial que desemboca en un altar situado varios cientos de metros más abajo. Enmarcan el altar cinco arcos que recuerdan a los cinco hombres que murieron en el siniestro.¹¹ Durante la inauguración, a la que asisten Franco, la familia Mola, el Gobierno en pleno, representaciones del Ejército y Cuerpo Diplomático, consejeros nacionales y alcaldes de la provincia, escuadrillas de aviones dejan caer flores sobre el monumento, en el que figura una inscripción que exalta el lirismo de la muerte.¹²

No se escatiman esfuerzos en los primeros meses de posguerra. Importa poco, por ejemplo, la distancia geográfica. En cumplimiento de la circular del gobernador civil de Baleares, el alcalde de Alaró y jefe local de Falange, Pedro Simonet, abre con cincuenta pesetas la suscripción para reconstruir el santuario jiennense de Nuestra Señora de la Cabeza y para elevar un monumento al capitán Santiago Cortés y a los militares que se atrincheraron con él.¹³ La cuestación se inicia un 24 de abril. Los vecinos aportan entre cincuenta céntimos y cinco pesetas, y sus nombres son anotados en un listado. Al-

gunos son familiares de asesinados por los fascistas. El 1 de junio se han recaudado 922 pesetas.¹⁴ Importa también poco la nacionalidad. En el puerto de El Escudo se erige el «Monumento de los italianos», el panteón de los soldados del Comando Truppe Volontarie muertos en el verano de 1937 durante la ofensiva de Santander. Se trata de una singular pirámide escalonada con más de trescientos nichos en su interior, además de una docena de tumbas más espaciosas para jefes y oficiales fascistas. Una «M» esculpida en la piedra recuerda a Benito Mussolini. A la inauguración acude el conde Galeazzo Ciano, ministro de Exteriores y yerno del Duce.¹⁵ También se ordena levantar en el pueblo segoviano de Labajos un monumento de granito en recuerdo a Onésimo Redondo, quien, casi cinco años después de su muerte, recibe un nuevo homenaje póstumo. En la madrugada del 13 de junio de 1941, el féretro con sus restos es sacado del cementerio de Valladolid. La comitiva va deteniéndose en lugares simbólicos de la ciudad antes de llegar al ayuntamiento, donde se instala la capilla ardiente. De nuevo a hombros es trasladado a San Benito el Real, donde se oficia un funeral, y finalmente regresa al cementerio, donde vuelve a ser enterrado, aunque en esta ocasión en el monumento erigido por la Falange vallisoletana en su honor.

Va extendiéndose una estética nueva, que se expresa en cruces, monolitos y monumentos de grandes dimensiones, que adquieren la connotación de altares dedicados a «divinidades» de nueva creación. Muchos de esos «altares de la España eterna» serán permanentes, como las placas en los muros de iglesias y catedrales; otros serán efímeros, como el que se coloca en la madrileña Puerta de Alcalá en honor a los caídos de Falange, ante el que grupos de jóvenes uniformados hacen guardia en una postura tan hierática que parecen detalles del conjunto. Una severa cruz negra se alza sobre una plataforma con un haz de flechas como base. Se coloca allí el Cristo de la parroquia de las Maravillas, que de noche es iluminado por re-

flectores. Este primer altar de los caídos es la última estación del Vía Crucis de Viernes Santo del 7 de abril de 1939. No será la única cruz que se instale en la capital conquistada. El 14 de mayo de 1943 quedará bendecida e inaugurada junto a la ermita de San Isidro una cruz de piedra, costeada por la Archicofradía de la Sacramental y dedicada a los muertos en la pradera e inmediaciones.

Esta es la atmósfera que vive España, y no es de extrañar que, entre las ideas conducentes a la exaltación de los caídos, también figure la de erigir un gran panteón de carácter nacional. Los nuevos gestores del destino de la patria podían haber optado por un monumento que contuviese restos de franquistas y republicanos, o por un cenotafio que honrase a los caídos de ambos bandos. En Madrid ya existía el Obelisco a los Héroes del Dos de Mayo, con restos de combatientes anónimos muertos durante el levantamiento contra los franceses en 1808, y en Barcelona el Fossar de les Moreres contiene restos de ciudadanos fallecidos durante la defensa de la ciudad en 1714. Los monumentos al soldado desconocido son lugares para el recuerdo, la reflexión y la reconciliación, y se erigen como llamada de atención para evitar que las guerras se repitan.¹⁶ Sin embargo, en el ánimo de la cúpula militar que se hace con las riendas del país no figuran semejantes propósitos.

ALTAR DE LA ESPAÑA ETERNA

La idea de construir un gran monumento a los caídos se ha atribuido siempre a Francisco Franco. Nadie ha reclamado a título personal la autoría, ni hay pruebas documentales que demuestren lo contrario, aunque parece lógico pensar que no debió ser el único que imaginó un proyecto con aspiraciones de eternidad. Es sabido que, durante el bombardeo de Madrid, el arquitecto Luis Moya, el escultor Manuel Laviada y el militar Gonzalo Serrano Fernández de Villavicencio, vizconde de

Uzqueta, han ideado una pirámide destinada a cantar la victoria y a honrar a los muertos. Esta propuesta de exaltación fúnebre y triunfal se concreta en un artículo publicado en *Vértice*, la revista de la Falange, en septiembre de 1940. La entrada al gran tetraedro sería un atrio hundido entre muros de granito con hornacinas y jardines elevados alrededor. Dentro de la cripta, gigantesca y hueca, sólo iluminada por pequeñas ventanas de medio punto, sitúan un monumento con varias alegorías religiosas,

...y al pie, los caídos, ocho figuras representativas entre la cripta y la basílica. Y en el fondo, en el centro, el Sepulcro, no de un democrático soldado desconocido, sino de un Héroe único (...). Silencio y compostura arquitectónica por fuera, la llama dentro, inmensa, pero encerrada; violenta, pero encuadrada en la geometría de la basílica (...). En conjunto una ciudadela, acrópolis de este siglo. Ordenada a la española, como El Escorial. Un eje principal de triunfo; otro transversal para lo fúnebre.¹

Junto a la pirámide proyectan un arco de triunfo con el apóstol Santiago en el centro de una gran bandera de piedras rojas y amarillas, además de cuatro escenas en bajorrelieve (Covadonga, Las Navas, América y el Movimiento). Sus autores equiparan el monumento a lugares de gran magnetismo, como la Acrópolis, los Foros Romanos, Versalles o Teotihuacán, y otros edificios y espacios públicos como las plazas Mayor de Madrid y de San Marcos de Venecia, el Capitolio de Washington, el Palacio Zwinger de Dresde y la Braunhaus (Casa Marrón), el cuartel general del Partido Nazi en Múnich.

No se conocía otro precedente del futuro Valle de los Caídos hasta la aparición de un estudio de Luis Castro sobre la guerra civil en Burgos.² Un ciudadano que se identifica como un «buen burgalés» propone al alcalde una idea similar a la que finalmente se ejecutará en la finca de Cuelgamuros, en la madrileña sierra de Guadarrama. Sugiere la urbanización del

castillo y la restauración de la fortaleza, y si resulta demasiado costoso, plantea la erección de un monumento al Sagrado Corazón de Jesús. La idea es asumida de inmediato por las autoridades locales, que constituyen una comisión pro-Monumento Nacional a los Caídos, aunque descartan la propuesta inicial y la idea de un Museo de la Cruzada en el Palacio de la Isla, que impulsaba el Ayuntamiento. La nueva propuesta consiste en un gran complejo emplazado en el castillo y en el cerro de San Miguel, que comprendería, además del monumento propiamente dicho, una gran torre o cruz con un grupo escultórico, una plaza de armas, un Museo de la Revolución (sic), una biblioteca, una capilla y una cripta. La idea es que en esa cripta haya restos de soldados desconocidos de Alemania, Italia y Portugal junto a artísticas arquetas con escudos con tierra de cada provincia española y banderas de unidades militares. Sin embargo, la pretensión de que tenga carácter nacional choca con aspiraciones similares de otros ayuntamientos, que proponen lugares con los mismos merecimientos que el de Burgos o son partidarios de construir monumentos de ámbito local o provincial. La inesperada prolongación de la contienda postergará y descartará la iniciativa. Durante la inauguración del monumento a Mola, Franco presenta las líneas básicas de un proyecto de futuro, aunque no se refiere en ningún momento a Burgos:

Nuestro monumento a la victoria no será un mausoleo más de piedra, ni un grupo escultórico, cosa de tiempos pasados, tendrá más grande dimensión, tendrá basílica, monasterio y cuartel.³

En agosto de 1939 se decreta la suspensión de todas las iniciativas de este tipo en curso. La elección de una ubicación distinta a la ciudad castellana provoca gran frustración en las autoridades. Según Castro, la incomodidad crece cuando la Inspección General de Suscripciones ordena la transferencia de los fondos recaudados en Burgos. El Gobierno civil ordena

que «sin excusa ni pretexto alguno, que implicaría desobediencia a una decisión de Su Excelencia el Jefe del Estado» se realice la transferencia. Tras cumplirse la orden, la comisión se disuelve.

La idea de monumento que Franco tiene en mente es la construcción de una catedral natural, un mausoleo que exprese sus deseos de perpetuación e inmortalidad. Según el arquitecto Diego Méndez, responsable de la segunda fase de la construcción del futuro Valle de los Caídos:

Desde que la chispa de la idea quemó su inquietud, Franco tenía un punto de arranque: que la reunión póstuma de los mejores fuese en una cripta, en el corazón de una montaña... Buscaba con ojos sagaces una catedral natural para sarcófago jamás pensado de sus amados compatriotas.⁴

Ese punto de arranque es semejante al que inspira el proyecto de Moya, Laviada y Serrano. Según su biógrafo Brian Crozier, Franco quería tener su propia pirámide, que aunase su función funeraria con el sentido de desafío a la posteridad propio de las grandes construcciones faraónicas. En Egipto, el poder de los faraones se percibía, entre otros rasgos, por la desproporción entre el tamaño y la utilidad práctica de las mastabas y las pirámides. Construyeron también conjuntos funerarios excavados en la roca, como los de los Valles de los Reyes y de las Reinas, en el cauce medio del Nilo. En su interior hay varios compartimentos, entre ellos la cámara mortuoria y la capilla, que en ocasiones salen al exterior. El templo-sepulcro de la reina Hatshepsut en Deir-El-Bahari está formado por varias terrazas exteriores comunicadas mediante rampas, con columnas armónicamente integradas que conducen al santuario, en cuyo interior hay varios nichos y capillas. También en India son una tradición milenaria los templos abiertos en la roca, con imágenes de los dioses del hinduismo en el exterior. En Etiopía se encuentra Lalibela, la «Jerusalén

negra»: doce iglesias de piedra ahondadas y talladas en suelo volcánico, con planta de cruz templaria y techos a ras de suelo. La excavación se hizo desde fuera hacia dentro, vaciando el terreno, en un alarde de cálculo y ejecución. La construcción duró veinticinco años y se calcula que trabajaron unas cuarenta mil personas. No hay constancia de que Franco se inspirase en civilizaciones antiguas para imaginar una cripta en el corazón de una montaña. Tampoco hay referencias a otros modelos más cercanos, como los templos excavados en roca ubicados en la península ibérica. En Esgos (Orense) se encuentra la iglesia de San Pedro de Rocas, fundada por un grupo de ascetas en el siglo vi. Es un pequeño templo de tres naves con capiteles labrados en la piedra que conecta con la idea de «cueva cósmica» del filósofo neoplatónico Porfirio, es decir, un espacio inspirado en las catacumbas del cristianismo primitivo que envuelve a los fieles en una atmósfera de recogimiento y serenidad. En la España musulmana se excava en parte la de Bobastro, en las proximidades de Álora (Granada), y en la España cristiana se construye el monasterio de San Millán de Suso (La Rioja), que previamente ha sido un cenobio visigodo cuyo origen es la celda rupestre de un ermitaño y varias oquedades en el terreno, transformadas en habitaciones y oratorio. En el Pirineo aragonés está el monasterio de San Juan de la Peña, perfectamente integrado en su excepcional entorno natural, que se convertirá en panteón de reyes y lugar predilecto de la monarquía aragonesa.

Probablemente no hay que viajar tan lejos, ni en el tiempo ni por la geografía de la tierra. Lo que realmente le influye es la contemplación del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, máximo exponente de la monumentalidad de la arquitectura renacentista española. Sus grandes edificios impresionan por su severa grandiosidad. Concebido como colegio, biblioteca, panteón real, palacio y convento, es un colosal edificio de estilo herreriano, sobrio y de gran austeridad decorativa, en el que destacan los remates piramidales de las torres. En su dia-

rio de memorias, Francisco Franco Salgado-Araújo confirma la fuente de inspiración de su primo-hermano:

...tal vez haya querido imitar a Felipe II, que levantó el monasterio de San Lorenzo de El Escorial para conmemorar la batalla de San Quintín.⁵

Prueba de su predilección por el Monasterio es que sirve como escenario para uno de los primeros actos de exaltación de la victoria militar, la recepción al Cuerpo Diplomático del 20 de mayo de 1939. El Caudillo recibe de manos del Rector del Seminario las llaves del recinto, en señal de acatamiento, mientras las bandas de música de la compañía de Infantería y unidades de FET y de las JONS interpretan el himno nacional. Después se dirige al Panteón de los Reyes y se detiene ante las tumbas de Felipe II y Carlos I, donde reza en silencio. En la Sala Capitular se sitúa bajo un dosel, rodeado del Gobierno, los miembros de la Junta política y del Consejo Nacional del Movimiento, el Gran Visir, los moros notables y otras autoridades. Esta ceremonia, complementaria del desfile militar del 1 de abril en Madrid, tendrá una enorme trascendencia simbólica. El Escorial será el lugar elegido para numerosos acontecimientos oficiales, siempre rodeados de una pompa propia de emperadores. Meses después, los restos de José Antonio recibirán allí sepultura. Para entonces, ya bulle en la cabeza de Franco una idea imperial, capaz de imitar, e incluso superar, el purismo clásico de la obra maestra de Juan de Herrera. La erección del «altar de la España eterna» en un solitario monte desprende el aroma romántico de los retos imposibles.

EL ARQUITECTO QUE FRANCO LLEVA DENTRO

Franco siente querencia a la sierra de Guadarrama. La batalla del Alto del León, paso obligado en la ruta que conduce a la

capital por el noroeste, fue la primera de la guerra civil y se convirtió en una lucha sostenida y sangrienta que causó muchas bajas en ambos bandos. Por eso, el lugar conocido posteriormente como Alto de los Leones de Castilla se baraja como lugar idóneo para albergar un gran monumento a los caídos. Visita varias veces esta cadena montañosa que actúa como barrera y escudo protector de Madrid. Según Justo Pérez de Urbel, capellán de la Sección Femenina de la Falange antes de convertirse en el primer abad del futuro monasterio del Valle de los Caídos, se trata de un rastreo del terreno muy especial:

No se trataba de descubrir, sino de identificar y localizar una imagen que llevaba dentro.¹

Un día de enero de 1940, Franco propone al general José Moscardó ir a buscar el «valle de los caídos». Recorren el Alto del León, bajan a Guadarrama, toman la carretera hacia El Escorial y se detienen para examinar una hondonada que se abre en dirección a la sierra. Lo primero que ven son unas sendas de cabras en un bosque de pinos, por donde se internan hasta llegar a un cerro pedregoso. Desde una cresta contemplan un peñasco que los lugareños llaman Altar Mayor. Franco cree haber encontrado la montaña que busca. Mientras Moscardó sube, examina el entorno y observa un imponente macizo rocoso que le gusta aún más. La forma estilizada del llamado Risco de la Nava le parece majestuosa. Ha sido tierra de nadie durante la guerra, pero le evoca grandes gestas militares. Forma parte de la finca conocida como Pinar de Cuelga Moros, propiedad de la familia Padierna de Villapadierna, que en la comarca se conoce como «Cuelgamuros». Es un paraje natural espléndido. Austeros montes forman un gran anfiteatro cubierto de pinares y frondosa vegetación, que crece en un misterioso laberinto de rocas y gargantas oxigenado por el aire limpio de la sierra. Aconsejado por arquitectos, urbanistas y meteorólogos, descarta el Altar Mayor y opta por el Risco de

la Nava, situado en una cota más baja y, por lo tanto, algo más protegido de vientos y tormentas. Sin embargo, esa cota está por encima de la del Monasterio de El Escorial, con el que el futuro monumento a los caídos rivalizará en dimensiones y significación simbólica. No pasa inadvertido este dato a los comentaristas de la época, que hablan ya de «templo grandioso de nuestros muertos», «atalaya para la vigilancia» y «cumbre para la oración», visible en días claros desde «España entera». Su emplazamiento, en relación topográfica directa con El Escorial, ha sido seleccionado personalmente por Franco en una especie de trance visionario.²

A un puñado de kilómetros del lugar donde Franco visualiza el teatro de sus sueños, decenas de personas están siendo pasadas por las armas en cumplimiento de sentencias de pena de muerte impuestas en juicios sumarísimos. Los escenarios son la prisión situada en el convento de las carmelitas de San Lorenzo de El Escorial, el cementerio parroquial y un barranco próximo. En aquellos días son fusilados, entre otros, un jornalero, un practicante y un músico.³ Las ejecuciones continuarán hasta finales de 1941, cuando ya han comenzado las obras. A pesar de la proximidad geográfica, Franco mira hacia otro lado. No tiene ningún interés en atender cuestiones que desvíen su atención. Acaba de desembarcar en la Jefatura del Estado y aspira a permanecer vitaliciamente en el poder y a perpetuar su obra para la eternidad.

¿Qué puede hacer un militar que se convierte en dueño y señor de un país? ¿En qué puede tener ocupada su mente este joven general gallego a quien se equipara con Hitler y Mussolini, y vive en un palacio rodeado de decenas de personas que le atienden y le adulan? Con toda la vida por delante, y como propietario absoluto de haciendas y voluntades, dispone de tiempo suficiente para cuestiones distintas al ejercicio de su poder omnímodo. Entre esas ocupaciones figura el cultivo intelectual de una obsesión. José Millán-Astray ya afirmaba en 1920 que la verdadera vocación de su compañero de armas pa-

recía ser la de arquitecto-urbanista, constructor de ciudades. Había diseñado, por ejemplo, los edificios del Círculo de Oficiales de la Legión.⁴ Esta pasión secreta añade a su personalidad una carga simbólica que le catapulta a la categoría de «arquitecto de la patria», tal y como se señala en un artículo de *ABC*:

El Caudillo (...) ha tenido la inspiración de todos los grandes conductores de pueblos que buscaron en la arquitectura el mudo y magnífico lenguaje de las piedras para decir a las generaciones del remoto futuro cuál fue su fuerza y cuál fue su gloria.⁵

La ocasión es inmejorable para dar rienda suelta a sus aficiones. Tiene bastante facilidad para el dibujo y la pintura, y ante arquitectos y técnicos expresa ideas y deja marcadas líneas a seguir mediante unos simples trazos. También mantiene un buen tono físico, y ha sustituido las marchas militares de su juventud por caminatas a través de la sierra de Guadarrama. Se siente muy a gusto en la finca elegida, un entorno natural muy distinto a los cuarteles y a las tiendas de campaña que han sido el paisaje cotidiano de su vida castrense. Y para transformar aquel magnífico paraje que se abre ante sus ojos, le guía la común predilección de los dictadores por el colosalismo, la tendencia a las concepciones pretendidamente grandiosas y espectaculares en las obras públicas, que no se corresponden con las necesidades sociales, sino con los objetivos de la propaganda, dirigida, por quienes ejercen el poder, a influir en los sectores menos instruidos y más sumisos de la ciudadanía. Muy pronto mostrará en público sus habilidades con el lápiz.

AÑO I DE LA VICTORIA: VENID Y VED

Franco elige el 1 de abril de 1940, primer aniversario de la entonces conocida como «Victoria de las Armas de España»,

para dar a conocer su proyecto. Después de un almuerzo en el comedor de gala del Palacio de Oriente de Madrid, se traslada en automóvil, acompañado por su esposa, a la finca de Cuelgamuros, donde llega a las seis y cuarto de la tarde. Allí le espera el Gobierno, altos cargos, jefes y oficiales de los tres Ejércitos, responsables de la Sección Femenina de FET y de las JONS y otros jerarcas del Movimiento, además de los embajadores de Alemania, Italia y Portugal con sus esposas. Después de pasar revista a la Compañía del Regimiento Mixto nº 1, sube con su séquito a la base del risco, donde ha sido levantada una tribuna. Allí, el coronel Valentín Galarza, subsecretario de Jefatura del Estado, da lectura al Decreto que dispone la construcción del futuro monumento:

La dimensión de nuestra Cruzada, los heroicos sacrificios que la victoria encierra y la trascendencia que ha tenido para el futuro de España esta epopeya no pueden quedar perpetuados por los sencillos monumentos con los que suele conmemorarse en villas y ciudades los hechos salientes de nuestra historia y los episodios gloriosos de sus hijos. Es necesario que las piedras que se levanten tengan la grandeza de los monumentos antiguos, que desafíen al tiempo y al olvido y que constituyan lugar de meditación y reposo en que las generaciones futuras rindan tributo de admiración a los que les legaron una España mejor.¹

El vicario general de la Diócesis bendice el lugar y dirige un responso por todos los «mártires y caídos por la patria». Franco grita «¡España!» en tres ocasiones y es contestado con los gritos de «¡Una!», «¡Grande!» y «¡Libre!» Después, hace explotar un barreno, y un fuerte estallido se escucha junto al gran murallón del risco. Así se inician simbólicamente las obras. Al finalizar la ceremonia, que *ABC* califica de «conmovedora», el Caudillo explica sobre planos los pormenores de su megalómano proyecto. Sobre las siete y cuarto abandona la finca en dirección a Madrid, que vive una jornada de exaltación patriótica.² Los actos oficiales de aquel 1 de abril finalizan con un

concierto de gala en el Teatro Español, en el que dos orquestas interpretan piezas de Turina, Falla, Albéniz y Granados.³

Los españoles comienzan a conocer cómo será el monumento a través de *ABC*, que publica una conversación con el arquitecto Pedro Muguruza, autor de los primeros planos.⁴ Franco había tenido noticia de sus cualidades de dinamismo, disciplina y profesionalidad durante una asamblea profesional celebrada en Burgos. En 1939 le convoca para ocupar la Dirección General de Arquitectura, uno de los puestos clave en la tarea de reconstrucción de España, aunque no abandona su responsabilidad al frente de los Servicios Técnicos de Falange. La primera vez que comenta en prensa el proyecto, Muguruza confirma la idea de construir una cripta con planta de cruz y capacidad para 3.000 personas. No menciona expresamente que vaya a acoger restos humanos. Sobre la roca se situaría una cruz de granito de 120 metros de altura. Según *ABC*, está previsto un monasterio —que habitaría una orden religiosa española— y un cuartel, edificados en la llanada que existe detrás de la gran peña, «para que den guardia perennemente, espiritual y material, a nuestros Caídos». También se anuncia la construcción de un lago con forma de cruz, a eje de la cripta, y un cementerio en la explanada delantera. Para llegar a la parte central del monumento, el arquitecto anuncia que se va a estudiar la construcción de dos caminos de peregrinos, que partirían de la entrada de la finca, casi en la misma carretera general, uno por Abantos y otro por Guadarrama; a lo largo de ambos se construirían las estaciones de un vía crucis. Los cronistas de la época ensalzan el hecho de que se trate de una construcción a la vez religiosa y militar, en lugar de un arco del triunfo de carácter pagano sobre una gran vía de comunicación, a la entrada o en el centro de una ciudad. El objetivo es homologarlo a otros monumentos destinados al recuerdo de grandes acontecimientos históricos, pero transformándolo en

una obra mística y castrense, servida por la arquitectura y las artes. Muguruza dice ser sólo el autor de los planos, puesto que

...las ideas le han sido expuestas directamente por S.E. el Jefe del Estado, quien tiene vehementes deseos de que las obras de la cripta se hallen terminadas en el plazo de un año para inaugurarlas el 1º de abril de 1941, y en el transcurso de cinco el conjunto de todas las edificaciones, incluso jardines, que rodearán el monumento.⁵

Muguruza no es demasiado partidario del colosalismo. Defiende, más bien, el sentido imperial de la arquitectura, y prefiere que cada avance técnico o creativo sea una prueba de síntesis y una muestra de sencillez. La Falange, que orienta el devenir constructivo de posguerra e impone sus criterios desde las direcciones generales de Regiones Devastadas y de Arquitectura, defiende la recuperación de la misión trascendente de España, en un ambiente de exaltación de los antiguos valores hispánicos. Ejemplo de intervención de carácter imperial es la erección del Ministerio del Aire, obra de Luis Gutiérrez Soto, reinterpretación de los estilos de Juan de Herrera y Juan de Villanueva. No tiene fácil Muguruza imprimir su sello personal al proyecto de Cuelgamuros, cuando el todopoderoso Caudillo ha pedido algo comparable en grandeza a los monumentos antiguos. De hecho, las proporciones y dimensiones iniciales serán superadas una vez el arquitecto guipuzcoano abandone las obras por razones de salud. Algunas ideas, como el cuartel de milicias, el lago y el cementerio, también serán desechadas.

La primera anotación a mano en el libro de cuentas de Subsecretaría de Presidencia del Gobierno es un ingreso de 20.000 pesetas a cargo del Presidente de la Suscripción Nacional, con fecha de 3 de julio de 1940. Se adjudican 10.000 pesetas a Pedro Muguruza para los primeros gastos, 3.150 pesetas a la alimentación de los soldados del Regimiento de Ingenieros nº 1

que han iniciado las obras, y 194 pesetas a la inserción en el periódico *Informaciones* de un anuncio de expropiación de la finca. Aunque se trata de una propiedad privada, satisfacer el capricho de Franco no constituirá ningún problema para los nuevos gestores del vasto territorio conquistado.

Como primera consecuencia del anuncio oficial del 1 de abril, el Ministerio de Gobernación dicta el día 4 una Orden que encomienda a los ayuntamientos el cuidado de los lugares de enterramiento de personas asesinadas en zona republicana, es decir, sitios donde yacen restos humanos no identificados que no han sido trasladados a cementerios, y que tienen ya destino asignado:

El homenaje debido a nuestros mártires exige que, hasta tanto puedan ser recogidos dichos restos en el panteón de los Caídos, se adopten, con carácter provisional, medidas que aseguren el respeto a los expresados lugares.⁶

Mientras llega ese momento, tienen la obligación de acotar y cerrar esos lugares, por lo general fosas en parajes apartados. También han de solicitar a la autoridad eclesiástica que les conceda carácter de tierra sagrada, homologable a los cementerios. En caso de que el número de caídos sea reducido, se debe verificar su traslado a una parcela destinada para ese exclusivo objeto en el camposanto más próximo. Es la primera referencia al futuro mausoleo, destinado únicamente a los muertos del bando vencedor, como figura en toda la documentación y en las declaraciones oficiales de aquellos meses. Otras normas posteriores facilitarán aún más las exhumaciones de los caídos por Dios y por España víctimas de la «barbarie roja».

Después del estruendo de las armas, comienza a escucharse en España el ruido del trabajo, calificado por un panegirista del régimen como «un gran himno de paz, alegría y fecundidad»,⁷ aunque olvida que un terrible silencio reina entre los

cientos de miles de presos políticos y sus familias. Ajenas a cualquier idea de reconciliación o perdón, las nuevas autoridades han comenzado a escrutar sus antecedentes republicanos y su conducta en tiempo de guerra, con el fin de reunir pruebas para su condena o su ejecución sumaria. Medio país es sometido a la Causa General, mediante la cual se depuran responsabilidades y se imponen largas penas de prisión. Los desfiles y homenajes, y la aparente falta de preocupaciones de Franco, ocultan otra patética realidad. Son días de penuria, con miles de personas al borde de la inanición. Es una cruel paradoja que el diseño de esa España colosal, que va a suponer también un gran esfuerzo personal y económico, coincide con la promulgación de una Orden que establece el racionamiento de artículos de primera necesidad para «asegurar el normal abastecimiento de la población e impedir que prospere cierta tendencia al acaparamiento de algunas mercancías».⁸ Muchos ciudadanos observan con perplejidad las manifestaciones de grandeza del nuevo régimen en un país devastado, mientras sus adeptos viven días de euforia, en los que se mira sin complejos hacia Berlín. En la foto de portada de *ABC* del 4 de abril aparecen Adolf Hitler y los mariscales Göring, Heydrich y Keitel durante un acto de homenaje a los caídos en las dos grandes guerras. El régimen nazi es un modelo a seguir.

UNA CRIPTA A PICO Y BARRENO

Pensar en un monumento que se alce «en la vecindad del cielo», como se dice entonces, expresa la consideración que Franco tiene de sí mismo. Sólo aspira a ser responsable de sus actos ante Dios y ante la historia, y por tanto, nada debe faltar y nada debe fallar. Su ejecución requerirá un enorme esfuerzo empresarial, constructivo, personal y financiero. Como punto de partida, se adjudica la obra a tres empresas: San Román se encargará de la perforación de la roca para abrir en ella un

agujero gigante que albergará la cripta; Estudios y Construcciones Molan se ocupará de la construcción del monasterio; Banús, gestionada por Juan y José Banús, se responsabilizará de la carretera de cinco kilómetros que unirá la entrada con el Risco de la Nava. José Banús es una de las setenta personas juzgadas y condenadas por infringir en Barcelona la Ley de 26 de octubre de 1939 sobre acaparamiento y elevación abusiva de precios. Condenado a cumplir dos años de presidio menor, estará muy poco tiempo privado de libertad, como consecuencia de las irregularidades en la tramitación judicial y penitenciaria de los casos de estraperlo en la Ciudad Condal.¹ Estas tres empresas son las contratistas principales, pero habrá otras muchas, como la de Manuel Rodríguez Crisógono, que se encarga de la primera fase de construcción de la exedra, un gran vestíbulo exterior de planta semicircular en la fachada principal del monumento. Será también la obra de empresas de pueblos cercanos —que proporcionarán todo tipo de materiales y servicios y trabajarán en cometidos especializados—, así como de numerosos artistas, que serán contratados unos años después para el acabado final del interior de la cripta.

El funcionamiento de la empresa de Alejandro San Román da idea de la situación inicial en Cuelgamuros. A finales de mayo de 1940 se sube al monte la primera caseta de obra, y a primeros de junio llega la primera plantilla, compuesta por el capataz Domingo Sánchez, el entibador José García y los barrenos Antonio Sevillano y Francisco Arjona. Días después se incorporan un segundo encargado, un abastecedor, un listero, tres barrenos, cuatro peones y un pinche. El capataz cobra 16,75 pesetas por una jornada de trabajo sin horario establecido; el segundo capataz —de nombre Benito Rabal—, 15 pesetas, y el abastecedor y el listero, 10 pesetas. Los obreros trabajan ocho horas diarias de lunes a sábado. El entibador y los oficiales mamposteros cobran 1,50 pesetas la hora; el barrenero, 1,25; el peón, 0,9375 —multiplicado por ocho horas diarias equivale a 7,50 pesetas, es decir 45 pesetas semanales—

y el pinche, 0,50. Las cantidades varían porque dependen de descuentos, número efectivo de horas diarias —a veces se anotan $\frac{4}{6}$ o $\frac{5}{6}$ partes de jornal— y trabajo en domingos o festivos. En la última semana de junio la plantilla es de veinticinco empleados, y asciende a 1.301 pesetas el salario total devengado. Los sueldos oscilan entre las 116,078 pesetas semanales que percibe el capataz y las 23,760 pesetas que cobra el pinche.² La plantilla irá ampliándose semana a semana. Desde los pueblos vecinos, donde escasea el trabajo, comienzan a llegar obreros. Algunos regresan a sus casas por la noche, aunque la mayoría pernocta allí hasta el sábado. San Román paga el traslado semanal a los lugares de origen: un billete de ida Madrid-Salamanca vale 4,65 pesetas; un billete El Escorial-Madrid en la empresa La Tabanera, 4,20; viajar de Guadarrama a Madrid con La Sepulvedana, 4,50. Entre los primeros gastos fijos de la empresa figura el traslado periódico de un empleado a la capital para preparar las nóminas. San Román ya dedica presupuesto a comidas de trabajo, como la fechada el 22 de noviembre de 1940 en Casa Conejo de Guadarrama: 18,15 pesetas por unas judías, dos raciones de pollo, carne, pan, vino y fruta.

Los obreros disponen de picos, palas, piquetas, barras de ña, barras de mina, porrillos, mazas, puntas... Aunque el material procede del almacén de San Román, también se adquiere a otras empresas: tejas y uralita, yeso negro, un serrucho americano, rastrillos, candados, cantimploras, paletas, carretillas, hachas, una fragua portátil, una báscula, un juego de pesas y medidas... Una de las primeras facturas corresponde a doce aparatos de carburo tipo minero, servidos por Ferretería Fuencarral de Madrid a 13,50 pesetas la unidad. En julio comienzan a llegar los pedidos de material de primeros auxilios: tintura de yodo, alcohol y alcohol alcanforado, papelillos Falestine, pomada Cloramidol, ungüento Pellidol, una riñonera de porcelana, un estuche de cirugía de urgencia y otros utensilios básicos. Hasta octubre no llega una camilla con toldo,

por la que San Román paga 532 pesetas. Da idea de la precariedad inicial el constante alquiler de caballerías, tanto individuales —30 pesetas semanales, precio medio—, como con servicio de persona —153 pesetas semanales por dos unidades, más el propietario— o con volquete —219 pesetas—. Se usan para el transporte de madera, arena y tejas, y para trabajos como el repaso de la pista con un cilindro. Se usa un borrico para acarrear leña y una mula para subir la dinamita. Se contratan también servicios de yuntas de bueyes —26 pesetas la unidad— para apisonar la pista, subir pinos al túnel o trasladar puertas, ventanas, maderas y piedras. En una ocasión se usan dos yuntas para subir un compresor Sullivan desde la explanación a la boca del túnel —60 pesetas por el servicio—. Unión Española de Explosivos (Madrid) y Patricio Gamella (Alpedrete) suministran dinamita 3G, detonadores triples Pais y mecha. Cincuenta kilos de dinamita valen 200 pesetas; dos mil detonadores triples, 136 pesetas; dos mil metros de mecha, 160 pesetas. El conductor del camión que lleva el pedido de dinamita y la pareja de la Guardia Civil que lo escolta suelen recibir una pequeña gratificación. En todos los recibos aparece la expresión «Monumento a los Héroes y Mártires».

Con 10 o 15 obreros se empieza a perforar la roca. Pronto empiezan los accidentes. Alfonso Morillos es el primer peón lesionado, el 24 de julio de 1940. Está nueve días de baja. Para que perciba algo de dinero, se le contabiliza un día de trabajo semanal, aunque no le pagan 7,50 pesetas, como está estipulado, sino 5 pesetas. En septiembre se dan de baja Pedro Herranz, oficial de mampostería, y los peones Inocencio Fernández, Luciano Herranz y Aureliano Menéndez. Los obreros accidentados reciben los primeros auxilios en la obra, y si las heridas son graves son evacuados en taxi a la clínica de El Escorial o en coche a algún hospital de Madrid. San Román asume el gasto de esos traslados, que seguirán goteando en semanas sucesivas. El 2 de octubre se registra la primera baja de larga duración, la del entibador José García. Cuatro compa-

ñeros le trasladan al Sanatorio Quirúrgico de Santa Teresa, donde permanecerá dos meses. Aunque en los documentos oficiales no se reflejan las causas, se deduce del tratamiento aplicado que pudo tratarse de una fractura ósea. San Román paga 1.442,50 pesetas por su estancia hospitalaria.³ En diciembre caen dos barreneros, Avelino Herrero y Antonio Sevillano.

Al principio sólo hay dos pequeñas casas en toda la finca. El poblado empieza a organizarse cuando se construyen viviendas medianamente habitables. Suben entonces las esposas de los obreros. A finales de ese primer año, la plantilla de San Román es de 55 personas. La mayoría son barreneros y peones, pero se han incorporado también un herrero, un martillero y un carpintero. A pesar de que hay algún destajo que se cobra aparte —mampostería en un comedor, arreglo de pinos—, y a pesar de las gratificaciones especiales, el trabajo es duro. Se produce pronto el primer hundimiento del túnel que comienza a abrirse en la roca. No hay constancia de víctimas, aunque se sabe que los obreros reciben azúcar, malta y tabaco como compensación por su comportamiento durante el accidente. Entre febrero y marzo de 1941, cinco obreros renuncian y regresan a Peñarroya y Pueblonuevo (Córdoba). San Román les paga los billetes de tren. José García sigue de baja, aunque ya ha salido del hospital. La empresa paga nueve pesetas diarias por la habitación de la pensión donde vive. Se recibe el primer gran pedido de material, 126 metros cúbicos de piedra. En la última semana de marzo, los capataces Domingo Sánchez, José Bravo, Benito Rabal y Adolfo Becerra organizan el trabajo de 120 obreros. En cuanto a su manutención, da idea la solicitud mensual cursada por la empresa. Para preparar 125 raciones diarias, pide 1.000 kilos de judías, arroz, lentejas o garbanzos, 1.000 kilos de patatas, 150 litros de aceite, 60 kilos de azúcar, 30 de café y 30 de chocolate.